

## ALFONSO REYES<sup>1</sup>

### Yerbas del Tarahumara

Han bajado los indios tarahumaras,  
que es señal de mal año  
y de cosecha pobre en la montaña.  
Desnudos y curtidos,  
duros en la lustrosa piel manchada,  
denegridos de viento y de sol, animan  
las calles de Chihuahua,  
lentos y recelosos,  
con todos los resortes del miedo contraídos,  
como panteras mansas.

Desnudos y curtidos,  
bravos habitantes de la nieve  
—como hablan de tú—,  
contestan siempre así la pregunta obligada:  
—“Y tú ¿no tienes frío en la cara?”

Mal año en la montaña,  
cuando el grave deshielo de las cumbres

<sup>1</sup> Poeta, ensayista, narrador, dramaturgo, traductor, investigador, diplomático y pensador mexicano (1889-1959); trascendente figura y uno de los grandes humanistas de todos los tiempos a quien Jorge Luis Borges no vaciló en considerar “el mejor prosista de lengua española en cualquier época”. <http://www.alfonsoreyes.org/>; [https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/a\\_reyes/default.htm](https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/a_reyes/default.htm)

escurre hasta los pueblos la manada  
de animales humanos con el hato en la espalda.

Los hicieron católicos  
los misioneros de la Nueva España  
—esos corderos de corazón de león.  
Y, sin pan y sin vino,  
ellos celebran la función cristiana  
con su cerveza-chicha y su pinole,  
que es un polvo de todos los sabores.

Beben tesgüño de maíz y peyote,  
yerba de los portentos,  
sinfonía lograda  
que convierte los ruidos en colores;  
y larga borrachera metafísica  
los compensa de andar sobre la tierra,  
que es, al fin y a la postre,  
la dolencia común de las razas de los hombres.  
Campeones de la Maratón del mundo,  
nutridos en la carne ácida del venado,  
llegarán los primeros con el triunfo  
el día que saltemos la muralla  
de los cinco sentidos.

A veces, traen oro de sus ocultas minas,  
y todo el día rompen los terrones,  
sentados en la calle,  
entre la envidia culta de los blancos.  
Hoy solo traen yerbas en el hato,  
las yerbas de salud que cambian por centavos:  
yerbaniz, limoncillo, simonillo,  
que alivian las difíciles entrañas,  
junto con la orejela de ratón  
para el mal que la gente llama “bilis”;  
y la yerba del venado, del chuchupaste  
y la yerba del indio, que restauran la sangre;  
el pasto de ocotillo de los golpes contusos,  
contrayerba para las fiebres pantanosas,

la yerba de la víbora que cura los resfríos;  
collares de semillas de ojos de venado,  
tan eficaces para el sortilegio;  
y la sangre de grado, que aprieta las encías  
y agarra en la nariz los dientes flojos.

(Nuestro Francisco Hernández  
–El Plinio Mexicano de los Mil y Quinientos–  
logró hasta mil doscientas plantas mágicas  
de la farmacopea de los indios.  
Sin ser un gran botánico,  
don Felipe Segundo  
supo gastar setenta mil ducados,  
¡para que luego aquel herbario único  
se perdiera en la incuria y el polvo!  
Porque el padre Moxó nos asegura  
que no fue culpa del incendio  
que en el siglo décimo séptimo  
aconteció en El Escorial.)

Con la paciencia muda de la hormiga,  
los indios van juntando sobre el suelo  
la yerbecita en haces  
–perfectos en su ciencia natural.